

LAS PROFESIONES MALDITAS

The Damn Professions

M^a del Carmen Barrera Casañas

cbarrera@ull.edu.es

Universidad de La Laguna

Resumen:

En este artículo se estudian las profesiones vinculadas a la muerte, a las que por sus peculiaridades hemos denominado: *profesiones malditas*. Partimos del análisis sobre la desconsideración histórica, por parte de la Sociología, del estudio de este fenómeno social. Reflexionamos sobre estos tipos de profesiones, visibilizando el escaso y nulo tratamiento estadístico sobre los datos de ocupaciones relacionados con la muerte, mostrando así sus categorías y la inexistencia de datos estadísticos sobre estas profesiones que, entendemos, contribuye a esconder la complejidad social del fenómeno de la muerte. Proponemos y analizamos la arquitectura conceptual que, de manera específica, presentan dichas ocupaciones; elaborando de este modo su marco conceptual. La Sociología ha desestimado el estudio de la muerte, y a las profesiones relacionadas con ella, lo que ha contribuido a hacer de este fenómeno el mayor tabú social de las sociedades occidentales. Consideramos que como cualquier campo emergente, esta propuesta requiere de una reflexión metodológica previa, pues a menudo los tabúes suponen ausencia de categorías, y requieren de nuevas metodologías para detectar, construir o reconstruir los conceptos analíticos.

Palabras clave: muerte, vida, sociología, profesiones, estatus

Abstract:

This article studies the professions related to death, which by their peculiarities we have called: *the damn professions*. We start analyzing the historical disregard on part the of Sociology of the study of this social phenomenon. We reflect on these types of professions, we visualize the scarce or null statistical treatment of occupational data related to death, we showing the categories and the lack of statistical data on these professions which, we understand, contributes to hiding the social complexity of the phenomenon of death. We analyze the conceptual architecture that specifically these occupations have. We elaborate the conceptual framework of these professions. Sociology has dismissed the study of death and the professions related to it, which has contributed to making this phenomenon the biggest social taboo in western societies. We consider that like any emerging field, this proposal requires a previous methodological reflection, as often these taboos implies absence of categories, and require new methodologies to detect, construct or reconstruct analytical concepts.

Keywords: death, life, sociology, professions, status.

Introducción

Para tratarse de uno de los hechos más importantes que acontece en la vida de cualquier ser humano, tanto como es el acto de nacer y vivir en sociedad (la vida), la muerte constituye hoy día el mayor tabú social. Este fenómeno en sí, y las profesiones relacionadas con la muerte, han sido desacreditadas y desconsideradas por las investigaciones sociológicas. La resistencia por parte de la Sociología a no hacer visible este fenómeno, como parte integrante de cualquier otro hecho social, ha dificultado, cuando no imposibilitado, el registro, análisis teórico y empleo metodológico sobre estas ocupaciones.

En este artículo se parte de la hipótesis de que las profesiones vinculadas a la muerte han quedado excluidas de las investigaciones y estudios sociológicos sobre las profesiones y el trabajo. Debido principalmente al tabú social que supone la muerte en la mayoría de las sociedades occidentales, las actividades relacionadas con este fenómeno carecen de total prestigio profesional y social. Hasta el momento la Sociología apenas ha contribuido a hacer visible este hecho social; de ahí que las hayamos etiquetado de: *profesiones malditas*. Por todo ello profundizamos en el análisis sobre estos tipos de ocupaciones, y presentamos la arquitectura conceptual de estas actividades laborales, atendiendo al proyecto profesional, al orden económico y socio-simbólico, en el que de manera peculiar y específica están inscritas estas profesiones.

Los datos estadísticos sobre estas profesiones han sido desconsiderados por las estadísticas institucionales: Instituto Nacional de Estadística (INE), (Encuesta Población Activa: Clasificación Nacional Ocupaciones (CNO)) y Clasificación Nacional Actividades Económicas (CNAE)); donde éstas no aparecen reflejadas, sino camufladas, incluidas y enmascaradas dentro de otras categorías profesionales; escapando por completo de la complejidad y realidad social de este fenómeno. Ha habido cierta información sobre algunas de estas actividades, tal es el caso de la Encuesta Anual de Servicios, del INE. Existen ciertas actividades vinculadas a la muerte, que ofrece el Servicio Público de Empleo Estatal (SEPE), y otra información ofrecida por la Asociación Nacional de Servicios Funerarios (PANASEF). Para realizar el análisis sobre las circunstancias de invisibilidad de los estudios sociológicos sobre la muerte recurriremos a los postulados del método crítico-racional: resultados de análisis bibliográficos sobre el fenómeno social de la muerte a la búsqueda de explicaciones sobre su ocultamiento. Consideramos que como cualquier campo emergente, esta propuesta requiere de una reflexión metodológica previa, pues a menudo los tabúes suponen ausencia de categorías, y requieren de nuevas metodologías para detectar, construir o reconstruir los conceptos analíticos.

Reflexiones para una sociología de la muerte

En Europa, hasta el Siglo XVIII, las personas estaban familiarizadas tanto con su propia muerte como con la muerte ajena. Estos sentimientos se habían engendrado durante la Edad Media, época donde las circunstancias que rodeaban el traspaso del hombre al otro mundo eran experimentadas en la vida cotidiana. La sociedad medieval conocía el sentido y significado de la muerte, aceptándola, valorándola y superándola (Cardona y Pavón 2002: 78; Gottfried 1989: 170; Thomas, 1983). La muerte llegó a concebirse como un fenómeno socialmente amaestrado: “la muerte domada”, en la que el difunto tomaba sus disposiciones para morir (Ariès 2011: 28). Con la llegada de la pandemia de la peste negra (mediados siglo XIV), se produce en Europa un desequilibrio entre la vivencia de la muerte y su simbología. Debido a su impresionante repercusión, que llegó a matar a más de la mitad de la población continental (Zahler 2009: 73-74), a su impacto social y psicológico; y a la imposibilidad por parte de la población y de la Iglesia por poder hacerse cargo de las despedidas a los difuntos, de los funerales y sepulturas, las prácticas mortuorias dejaron de ser eficientes. Pues no había tiempo para el sentir del suprimir la muerte, sólo convivir con ella. Todo ello hizo que la simbología de la muerte pasara a ser una amenaza. La muerte se transformó en un concepto ambiguo y problemático (Cardona y

Pavón 2002: 36). Se creó el miedo generalizado a la muerte, tanto de la propia como de la del otro (Ariès 2002). Un siglo después de dicha pandemia, apareció el texto anónimo: *Arte del buen morir y breve confesionario*, donde se relata las tentaciones de la oscuridad las que el moribundo debía de enfrentarse para un “buen morir” (Anónimo 1999: 85), y donde se describe a la muerte como el hecho más terrible de la experiencia humana. Si bien la visión sobre la muerte se ha transformado, su simbología ha dependido del contexto social y cultural en la que la misma se ha insertado, a partir de esta época, en occidente la muerte comenzó a ser negada. La muerte y su negación (a través de la idea de la inmortalidad) pasó a constituir la temática más conmovedora de los presentimientos del hombre (Bowker 1996). Desde la aceptación propia y ajena sobre la muerte y de su dominio, hemos llegado a su total negación, ya su ocultamiento. Hemos invisibilizado a la muerte hasta transformarla en “la muerte prohibida” (Ariès 2011), y en hacer de este fenómeno el mayor tabú social.

No hay razón para ocultar el nacimiento. Más aún, los crecientes debates científicos sobre qué hay antes de la vida; el desarrollo de la ingeniería genética y biotecnología, que han posibilitado manipular la gestación del individuo, se contraponen frente a los dudosos debates sobre el proceso de morir. Hemos negado la socialización de la muerte: el aprendizaje sobre cómo morimos y sobre la muerte en sí misma. Convivimos diariamente entre dos mundos cuyas fronteras son difíciles de discernir: el mundo de la vida (de los vivos) y el mundo de la muerte (de los muertos). El paralelismo entre ambos mundos nos lleva a considerar similitudes simbólico-filosóficas entre sendos procesos. Así, el momento de la gestación cobra cierto parecido con el acto de inhumación: inhumación embrionaria. El óvulo es fecundado en el útero, símbolo de la tierra, hecho que tiene lugar en 50 minutos (Sadler y Langman 2007). Asimismo, desde el momento del acto de la muerte hasta la inhumación (enterramiento del cadáver: vuelta a la tierra) permitimos que transcurra un período de tiempo de 48 horas. La gestación tiene lugar durante 38-40 semanas hasta el momento del parto. Sale al mundo un cuerpo en vida: exhumación embrionaria. El tiempo medio de permanencia del difunto, desde el momento de la inhumación hasta la exhumación, es de 260 semanas (5 años). Sale al mundo restos de un cuerpo en muerte, que nos recuerda que fue cuerpo en vida; y a la concepción sobre la infinitud: vida-muerte-vida...

Separamos ambos mundos (vida y muerte) por creencias sociales, morales, religiosas, filosóficas y personales, sobre qué es y cómo concebimos la vida y la muerte. Nos preguntamos sobre qué hay antes de la vida y después de la muerte, pero no nos cuestionamos la muerte en sí misma. De forma generalizada nos planteamos que la muerte no tiene por qué ocurrirnos a *nosotros*, aunque sí a los *otros*. Además, socialmente toleramos menos una muerte anticipada que una tardía, porque está más asumida y se la considera el final del ciclo de vida (Marre 2014: 2). Nos olvidamos de que tanto la vida como la muerte forman parte de una misma realidad. Aceptamos alegre y satisfactoriamente la vida, pero sentimos dolor y miedo, y nos frustramos ante la muerte. Negamos con miedo la muerte; y delegamos a otros seres (especialistas) e instituciones y organizaciones (hospitales, industria funeraria, etc.), el poder para que gestione el proceso de nuestra propia muerte y el tratamiento de nuestros cuerpos sin vida. Pero no deseamos conocer la muerte. Tampoco tenemos interés por conocer el trabajo de sus profesionales.

Hasta hace poco, el nacimiento marcaba el inicio social de un ser humano. De igual manera la muerte era su fin. Una muerte biológica (muerte física), que se consideraba a partir de la valoración de unos signos clínicos, determinante en dicho cese biológico. Una muerte social, producida cuando una persona deja de pertenecer al grupo social y su recuerdo desaparece (Louis-Vicent 1991). Sin embargo, y paradójicamente, la negación de la muerte, ha posibilitado que ésta ya no sea el fin terrenal de un individuo. El progreso científico y médico ha generado nuevas soluciones técnicas que han cambiado el significado del cuerpo y de la vida (Bañuelos 1994; Turner 1994). Estos avances han posibilitado que, tras la muerte, se puedan donar los órganos y seguir viviendo en otros cuerpos. También que se pueda dejar parte del material genético (óvulos y esperma) a la espera de que algún día una mujer logre su gestación; incluso en ectogénesis (Agazzi 1996; Herranz 2013; Rodríguez 1994: 191; Smajdor 2011). Tanto para la donación de órganos, como para las tecnologías de la reproducción asistida, se requiere de la participación de amplios grupos sociales, sin los cuales sería difícil la

obtención de órganos y los trasplantes, y del material genético necesario para la inseminación artificial. Paradójicamente, en nuestra sociedad no contamos con grupos especializados en cómo socializarnos con la muerte y cómo aprender a morir.

Las investigaciones sociológicas sobre la muerte han sido prácticamente inexistentes. Algunas de los clásicos estudios sobre este fenómeno: Clark (1993) y Walter (1992), ya han señalado su clandestinidad; considerando que la Sociología ha contribuido a hacer de la muerte una cuestión tabú, y no un asunto social.

Con una sobrada consolidación de la Sociología en España, apenas se ha profundizado en el fenómeno social de la muerte, ni sobre los procesos del morir¹. Desde la década de los 80, las escasas investigaciones sociológicas sobre este hecho social, se han vinculado a los fenómenos de la ancianidad. Sociología de la Vejez, Sociodemografía, Sociología de la Medicina y de la Salud (tipos mortalidad; suicidio; envejecimiento; calidad de vida; enfermedad terminal; eutanasia; construcción social del cuerpo; ciencia-tecnología-nacimiento-muerte; domicilio-hospitalización-unidades del dolor-muerte, desde punto de vista psicosocial). Sociología Cultural y de la Vida Cotidiana (aportaciones de la ritualidad y culto, de la mano de la Antropología). Sociología del Arte (dimensiones sociales de la vida y muerte a través de la Historia).

De los escasos artículos de revistas científicas españolas sobre este fenómeno, sólo 2 están centrados desde la propia Sociología de la Muerte. El estudio De Miguel (1995), constituyó una de las investigaciones pioneras sobre este fenómeno desde el ámbito de la Sociología; donde el autor ya reivindicaba la urgente necesidad de una Sociología de la muerte. Durante este período de tiempo, de las 9 tesis doctorales defendidas, sólo 2 de ellas están abordadas desde la Sociología de la Muerte. Igual sucede con un 1 capítulo de libro y 1 libro (publicación de una tesis doctoral). La tesis doctoral de Jiménez (2012), constituye uno de los estudios más completos realizados en los ámbitos académicos sobre la muerte; aunque no profundiza en sus profesionales. Tampoco la Sociología de las Profesiones, ni la Sociología del Trabajo, han centrado su interés en las profesiones y profesionales de la muerte. Durante el período analizado, sólo consta una tesis doctoral sobre algunos de estos profesionales, concretamente sobre los sanitarios: la muerte en el contexto hospitalario, y desde una perspectiva psicosociológica (Chocarro 2011). Pero en general, no ha habido un serio interés por los estudios sociológicos sobre las profesiones vinculadas a la muerte.

Hasta el momento, en nuestro país los especialistas de la medicina se han encargado del diagnóstico de la muerte. Los hospitales, de acoger los últimos cuidados en vida y de la agonía intubada. Las empresas funerarias, de la gestión de los cadáveres, del papeleo burocrático y de la cristalización del recuerdo en formas convencionales. Sin embargo, no ha habido una Sociología comprometida en analizar las causas sociales y políticas del por qué la muerte ha sido progresivamente escondida, estigmatizada y convertida en un fenómeno totalmente prohibido. Ello ha contribuido a que la muerte, como hecho social, casi no se investigue y no se enseñe en ninguno de los espacios académicos españoles. Ni en el ámbito familiar ni en los sistemas educativos se incluye un aprendizaje visible y normalizador sobre la muerte; sólo tabúes y silencios. También quedan excluidas las Universidades, y otros centros formativos de este afrontamiento y enseñanza, impidiendo ayudar a la sociedad a la socialización, concienciación y al aprendizaje sobre la muerte.

¹ Para la localización de las publicaciones científicas sobre Sociología de la Muerte en España, se hizo la búsqueda desde la década de los 80 hasta la actualidad, a través de los buscadores: Chemeida; CCUC; Dialnet; deepdyve; Google Académico; PuntoQ; masTesis; refSeek; Rebiun y TESEO.

Las profesiones malditas

A diferencia de otras culturas, como la Tibetana, donde el ser humano está socializado con la muerte y en la muerte (Sambhava 1994), en Occidente, ésto suele ocurrir cuando llegamos a una edad avanzada de nuestro ciclo vital. También cuando nos diagnostican una enfermedad grave y terminal. En estos casos, tenemos la oportunidad de experimentar el estado de pre-muerte, de poder concebirla, de negarla, aceptarla, e incluso de integrarla. Por otro lado, también podemos ser conscientes de la muerte, sin tener por qué pasar por un proceso grave de enfermedad. Socialmente, y más especialmente en la cultura occidental, esta conciencia es poco común, más que nada, porque escondemos la muerte. Tenemos miedo a lo desconocido, especialmente a la muerte. La ciencia, extremadamente material de occidente, niega la posibilidad de ofrecer respuestas que no puedan ser corroboradas, yno sólo ante el hecho de que hay detrás de la muerte, sino ante el planteamiento sobre qué hay durante el propio proceso de la muerte.

Mientras que el cuerpo está sano, la medicina se ocupa de la prevención de la enfermedad y del buen estado de salud. Una vez que éste enferma, la medicina profundiza en el diagnóstico de la enfermedad y en su tratamiento. En el caso de las enfermedades terminales, la medicina y tanatología, atienden al bienestar, al cuidado del cuerpo y al estado psicológico de las personas en estado de fase terminal. También a los familiares durante el proceso de duelo. Pero, ¿qué sucede después de que el cuerpo pierde el estado de lo que concebimos cómo vida?. Existe un grupo de profesionales que también atienden al cuidado de los cuerpos yacentes, es decir, de los cadáveres.

Desde el momento de la muerte, los profesionales que intervienen sobre los cuerpos sin vida son, en algunas ocasiones, los médicos forenses, o médicos encargados por la Justicia para dictaminar los problemas de medicina legal. Sin embargo, todos los cadáveres son cuidados y tratados por los especialistas de la tanatopraxia y tanatoestética. Los últimos profesionales en cogerlos son los sepultureros.

La tanatopraxia muestra las diversas formas de embalsamamiento, conservación de cuerpos, de su limpieza o higienización y de los diferentes soportes para su presentación². La tanatoestética, se centra en técnicas de restauración, maquillaje y peinado de los fallecidos. Como la tanatoestética forma parte del conjunto de la tanatoplastia, generalmente se considera que la tanatoestética está integrada en las labores que debe realizar la persona tanatopractora, es decir, el profesional que desarrolla las técnicas utilizadas en la tanatopraxia. En realidad, como ambas profesiones forman parte de la tanatoplastia, los tanatopractores suelen realizar ambos trabajos conjuntamente; aunque se trata de dos especialidades dentro de una misma formación. Ambos respetan los procesos de las diferentes creencias y ritos religiosos de la persona fallecida. La finalidad de estas profesiones se centra en la preparación de los cuerpos para que éstos presenten el mejor aspecto posible, ocultando así las etapas de la tanatoquimia, autólisis y putrefacción; y reduciendo así el impacto emocional sobre la familia y conocidos del difunto³. Estas actividades se realizan en los tanatorios o establecimientos funerarios habilitados como lugar de etapa del cadáver entre el lugar de fallecimiento y el de inhumación o cremación. En ellos también se expone a los cadáveres, para su velatorio. Los profesionales que trabajan en

² El título oficial de tanatopraxia sólo lo ofrece Canadá y Francia. España no concede este título; sólo se imparten cursos especializados en tanatopraxia y en tanatoestética (programas impartidos por ACENA Centro de Formación). La Universidad Oberta de Catalunya ha ofrecido diploma de Postgrado en Tanatopraxia, para los graduados en Medicina, Enfermería y Psicología. (Halcón y col. 2004).

³ Dentro del conjunto de tanatopraxia se distinguen las siguientes técnicas: *Congelación*: conservación del cadáver por medio de la hipotermia. *Conservación transitoria*: aplicación de sustancias químicas para retardar el proceso de putrefacción. *Embalsamamiento*: impedir la aparición de fenómeno de putrefacción. *Refrigeración*: retrasar la putrefacción por medio del descenso artificial de la temperatura (Pozo 2011: 263).

los crematorios son los encargados de la incineración o cremación, tanto de los cadáveres, como de los restos cadavéricos⁴.

Los últimos profesionales en coger el cadáver, ya depositado dentro del féretro y caja de restos, son los sepulteros. Su actividad consiste en abrir las sepulturas⁵ para inhumar (enterrar) y exhumar (desenterrar) a los muertos. El trabajo de los sepultereros, su significación social y el lugar que ocupan en el mundo laboral, también ha sido desconsiderado por los especialistas sobre el trabajo y las profesiones. Frente a su connotación social del trabajo de inhumar, se suma el acto de exhumar o técnica de las “reducciones” de los restos humanos; lo que sitúa a los sepultereros en el contacto más directo con los diversos grados de descomposición de los cadáveres. Precisamente este hecho es lo que más une a estos profesionales con la muerte y, al mismo tiempo, lo que más los separa de su reconocimiento social (Matta 2012: 138).

En la metodología del INE, que maneja la CNO y CNAE en sus diversos dígitos, nos encontramos que las pocas profesiones vinculadas a la muerte que aparecen reconocidas explícitamente lo hacen en las categorías de 4 dígitos. Otras ocupaciones aparecen camufladas en las categorías de 4 dígitos, y otras ni siquiera constan o son nombradas en las estadísticas. Las profesiones relacionadas con la muerte quedan explícitas y englobadas, únicamente en la categoría (9603): “pompas fúnebres y actividades relacionadas”, esto es, el sector funerario. Si bien, en la CNAE-2009, esta categoría desapareció, pasando a estar incluida en “otros servicios”.

En la CNAE no aparecen desagregadas las actividades laborales ya descritas: tanatopraxia, tanatoestética, ni el personal de los crematorios y tanatorios, ni los sepultereros. Tampoco aparecen otros profesionales, como: carpinteros, cristaleros, ebanistas y marmolistas funerarios. En nuestra sociedad, la mayoría de las profesiones relacionadas con la muerte no se asemejan socialmente, ni siquiera, a los trabajos realizados en la economía sumergida; incluso ni se asocian a los que se desempeñan en la economía ilícita. La siguiente Tabla muestra la categorización de las profesiones relacionadas con la muerte y sus aproximaciones categóricas en las estadísticas ya mencionadas:

Tabla 1. Profesiones vinculadas a la muerte y tratamiento estadístico

PROFESIONES VINCULADAS A LA MUERTE: PROFESIONES MALDITAS	TRATAMIENTO ESTADÍSTICO
CANTERÍA FÚNEBRE	No consta. En CNO-2011, camuflada en categoría de 4 dígitos: (7122): “Canteros, tronzadores, labrantes y grabadores de piedra”.
CARPINTERÍA FÚNEBRE	No consta. En CNO-2011, camuflada en categoría 4 dígitos: (7131): “Carpinteros, excepto ebanista”; y donde no se incluye como tal a los profesionales de la carpintería funeraria.
CRISTALERÍA FÚNEBRE	No consta. En CNO-2011, camuflada en categoría de 4 dígitos: (7293): “Cristaleros”; y donde no se incluye como tal a los profesionales de la cristalería funeraria.

⁴ Lo que queda del cuerpo humano después del proceso de transformación de la materia orgánica y, en todo caso, una vez transcurridos cinco años desde la muerte.

⁵ Lugares destinados a la inhumación de cadáveres o restos cadavéricos dentro de un cementerio o lugar debidamente autorizado. Se incluyen en este concepto: columbario; cripta; fosa; nicho; panteón y tumba.

EMPRESAS DE POMPAS FÚNEBRES y ACTIVIDADES RELACIONADAS CON LAS MISMAS	* La Encuesta Anual de Servicios del INE, publicaba, hasta el 2007 y con la CNAE-93, datos sobre “pompas fúnebres y actividades relacionadas con las mismas” (9303). A partir de los cambios propuestos con la CNAE-2009, la variable de “pompas fúnebres y actividades relacionadas” (9603), queda incluida en “Otros servicios”, sin desagregación de sus datos. *Algunos datos en PANASEF (Asociación Nacional de Servicios Funerarios).
LABRANTES FUNERARIOS	No consta. En CNO-2011, camuflada en categoría de 4 dígitos: (7122): “Canteros, tronzadores, labrantes y grabadores de piedra”.
MARMOLISTAS FUNERARIOS	No consta. En CNO-2011, camuflada en categoría de 4 dígitos: (7240): “Canteros, tronzadores, labrantes y grabadores de piedra”.
MEDICINA FORENSE	*CNO-2011, incluida en categoría de 4 dígitos: (2112): “Otros médicos especialistas”. *Algunos datos en SEPE: Servicio de Empleo Estatal.
PERSONAL CUIDADOS PALIATIVOS	No consta. No aparece ni camuflada en categoría de 4 dígitos.
PERSONAL DE CREMATORIOS y TANATORIOS	*Algunos datos sobre “Técnicos de incineración funeraria”, en SEPE. *En CNAE-2009, la categoría de 4 dígitos: (9603): “Pompas fúnebres y actividades relacionadas”, incluye ciertas actividades realizadas por estos profesionales: “servicios de inhumación, cremación e incineración”.
SEPULTUREROS	*No consta. En la CNO-2011, incluida en categoría de 4 dígitos: (9601): “Peones de obras públicas y mantenimiento de carreteras, presas y construcciones similares”. *Algunos datos en “Catálogo de empleo de difícil cobertura”. *Algunos datos en SEPE.
SERVICIO DE LIMPIEZA y JARDINERÍA EN CEMENTERIOS	En CNAE-2009. Incluido en categoría de 4 dígitos: (8130): “Terrenos municipales (parques, zonas verdes, cementerios, etc.)”
SERVICIO FÚNEBRE RELIGIOSO	En CNAE-2009. Incluido en categoría de 4 dígitos: (9491): “Actividades de servicios fúnebres religiosos”.
TANATOESTÉTICA	No consta. No aparece ni camuflada en categorías de 4 dígitos.
TANATOPRAXIA	No consta como tal. En la CNO-11, existe la categoría de 4 dígitos: (5892): “Empleados de pompas fúnebres y embalsamadores”, donde, hasta cierto punto, se recogen algunas actividades realizadas por los profesionales de la tanatopraxia: “embalsamar-vestir los cadáveres y colocarlos en los ataúdes”.
TANATOLOGÍA	No consta. No aparece ni camuflada en categoría de 4 dígitos.

Fuente: EPA (CNAE, CNO) INE; SEPE, PANASEF. Elaboración propia.

Por su parte, el Servicio de Empleo Público Estatal ofrece algunos datos sobre ciertas profesiones relacionadas con la muerte. Ello ha posibilitado poder acceder al análisis sobre su demanda. Tal y como refleja la Tabla 2, observamos que, entre el 2001 y 2016, se produjo un considerable incremento de estos tipos de profesiones; especialmente entre las categorías de “servicios funerarios en general” y entre los/as “sepultureros/as”. Principalmente, éstos últimos registraron una considerable demanda a partir de finales de la década del 2000. Posiblemente, debido a los momentos del cambio socioeconómico.

Tabla 2. Evolución de los demandantes de empleo, según sexo, Especialistas en Medicina Legal (Forenses), Servicios Funerarios en General, Técnicos de Incineración Funeraria y Sepultureros/as- Enterradores/as. España: 2001-2016. Cifras Absolutas y Porcentajes

	2001			2011			2016		
	M	H	M + H	M	H	M + H	M	H	M + H
Especialistas en Medicina Legal (Forenses). C. Abs.	3	1	4	19	11	30	15	7	22
Especialistas en Medicina Legal (Forenses) %	75,0	25,0	100	63,3	36,7	100	68,2	31,8	100,0
Servicios Funerarios en General. C. Absolutas	13	45	58	106	254	360	160	322	482
Servicios Funerarios en General. %	22,4	77,6	100	29,4	70,6	100	33,2	66,8	100,0
Técnicos de Incineración Funeraria. C. Absolutas	0	1	1	1	7	8	4	5	9
Técnicos de Incineración Funeraria. %	0,0	100,0	100	12,5	87,5	100	44,4	55,6	100,0
Sepultureros/as-Enterradores/as. Cifras Absolutas	2	54	56	17	159	176	32	235	267
Sepultureros/as- Enterradores/as. %	3,6	96,4	100	9,7	90,3	100	12,0	88,0	100,0
TOTAL. C. Absolutas	18	101	119	143	431	574	211	569	780
TOTAL %	15,1	84,9	100	24,9	75,1	100	27,1	72,9	100,0

Fuente: SEPE: 2001, 2011,2016. Elaboración propia

La demanda de empleo de estas profesiones es superior entre los varones que entre las mujeres. Debido a la división social y sexual del trabajo, sólo entre los profesionales de la medicina legal (forenses), las mujeres solicitan más empleo que los hombres.

En el proceso de la historia de la humanidad, los especialistas y profesionales dedicados al cuidado, tratamiento y atención de los cadáveres (embalsamadores, castas sacerdotales, entre otros) contaban con prestigio social (Lawrence y Strub 1989; Mayer 2012). Posiblemente porque se convivía con la muerte, y porque la propia visión de la vida era otra. Actualmente, cuanto más cerca de la muerte, del trato y cuidado del cuerpo sin vida, menor es el estatus, prestigio social y ocupacional de sus profesionales. Dentro de estas actividades, la de mayor estatus es la Medicina Forense (por formar parte de la Medicina), seguidamente de los profesionales de cuidados paliativos, tanatopraxia y tanatoestética. El eslabón de menor prestigio o estatus, recae sobre los sepultureros: últimos en recoger el cuerpo sin vida, y encargados de dar “el último empujón” (Pozo2011) al otro lado de la vida.

La arquitectura conceptual de las profesiones malditas

Debido, entre otra serie de factores, al gran abismo que separa la realidad profesional de su representación intelectual, resulta muy difícil poder conceptualizar las profesiones vinculadas a la muerte dentro del marco de

la Sociología de las Profesiones y del Trabajo. Máximo si tenemos en cuenta que, como hemos visto hasta aquí, con excepción de la Medicina Forense, prácticamente la totalidad de estas ocupaciones carecen de estatus, reconocimiento profesional y social. Así como la escasa importancia que se le otorga a la adquisición de conocimientos y la propia profesionalización de los trabajos relacionados con la muerte. Ni siquiera los centros educativos y formativos incluyen en los planes de estudios formación sobre la muerte. No hay que confundir estudios/carrera con la propia profesión, pues la carrera puede conducir a la profesión, pero no es ella en sí (Lucie1986). No obstante, hay que subrayar que el sistema educativo y formativo contribuye a desacreditar y desestimar, a través de la propia desconsideración, el hecho de la muerte y las profesiones relacionadas con ella. Los profesionales de estudios superiores, que son los que especialmente tienden a conocer en qué consisten las profesiones y los modelos de formación más adecuados para preparar a los estudiantes frente a un mercado laboral tan cambiante, y para los que las profesiones generan cierta hostilidad, resentimiento, e incluso antipatía (Martín, De Larramendi y De Miguel 1982), tienden también a concebir las profesiones como dadas, estáticas y naturales; y se alimentan de conceptos como profesionalización (Burrage, Jarasch y Siegrist 1990; Freidson 2001; Sáez 2003) competencia, credenciales y profesionalidad. Todo esto ha contribuido a la propia desprofesionalización de más de una profesión (Fernández 1993; Rodríguez y Guillén 2009; Schön 1983). Siguiendo estos criterios, las profesiones relacionadas con la muerte quedan cuestionadas hasta del propio concepto de profesión. Éstas apenas disponen de formación en ámbitos especializados, sólo algunas empresas, pero no en las Universidades y centros superiores. Espacios que dan valor a las profesiones, ya que intervienen en los propios procesos de lo que se entiende por profesionalización. La asociación profesionalización igual a formación, ha contribuido también a estigmatizar a estas profesiones.

Algunos de los expertos de la Sociología de las Profesiones en España ya han señalado sobre la propia crisis por la que lleva atravesando dicha Sociología. Entre otra serie de factores, algunos de estos/as autores/as (Guillén 1990; Martín y De Miguel 1982; Martín 1990; Sáez, Sánchez y Sánchez 2009; Sánchez y Sáez 2009; Rodríguez y Guillén 2009; Rodríguez 2008) han subrayado que dicha crisis ha obedecido, a las dinámicas de cambios laborales y profesionales; donde las teorías, conceptos y métodos propuestos son cada vez menos apropiados para comprender las profesiones en su complejidad (Urteaga 2008: 169). Por ello, resulta aún más complicado conceptualizar las *profesiones malditas*.

La herencia del Funcionalismo continúa socialmente generando, aún hasta el día de hoy, una errónea visión sobre lo que, en su momento, se concibió como profesionalismo; lo que significa ser un profesional; qué es lo que lo define (González, 1999:31) y su concepción sobre la profesionalización. Ésta última se generalizó con la difusión de grupos de profesionales cada vez más numerosos que aspiraban a ser reconocidos socialmente como "professions" (Urteaga 2008:175). La constitución de estudios específicos y su afiliación, más específicamente a las universidades, eran decisivos para la formación de una profesión, donde los estudiantes debían adquirir valores y normas que les sirvieran de base a su modo de vida profesional (Merton, Reader y Kendall 1957). Todo ello ha hecho posible la aplicación de más criterios para definir la profesión. Éstos se han extendido, desde tener reglas de actividad, ser ejercida a tiempo completo, desarrollar una protección legal de su monopolio, hasta establecer su propio código deontológico (Wilensky 1964). Las profesiones de la muerte, que no tienen formación en los espacios formativos (donde la muerte ni siquiera es aludida) quedan excluidas de estas características; por lo que han permanecido alejadas de las acepciones de profesiones, y relegadas a la marginación.

Algunas perspectivas sociológicas han cuestionado las visiones funcionalistas sobre las profesiones, tal es el caso de las teorías interaccionistas⁶ (Cressey 2008; Hughes 1997; Park, Janowitz y Burgess 1969; Simmel

⁶ Si bien el Funcionalismo mantiene una visión objetiva de la profesión, el Interaccionismo rechaza la distinción funcionalista entre *occupation* y *profession*. Esto es, no existen criterios universales que permitan distinguir unos trabajos de otros. Es por ello que el Interaccionismo privilegia la definición subjetiva de los grupos profesionales, rechazando el propio concepto de profesión. Para el Funcionalismo las profesiones son instituciones reconocidas jurídicamente, que

1968); las teorías inspiradas en el marxismo, y el neo-weberianismo⁷ (Abbott 1988; Friedson 1986, 1996; Saks 2010). Pero, en general, todas han propuesto una representación parcial de la profesión. Tal y como señala la autora Urteaga, más especialmente el Funcionalismo y el Interaccionismo, han privilegiado al profesional o a la profesión, deduciendo el primero de la segunda. Todas han dispensado la unidad o diversidad, dando una imagen unificada de la organización profesional y reducida a un sistema de integración, de representación y dominación o, contrariamente, de fragmentación, donde la profesión queda difuminada. Asimismo, han privilegiado el cambio o la permanencia, prefiriendo o bien un cambio acelerado, que muchas veces conduce a la incertidumbre total de la profesión o, inversamente, a su continuidad, con tal de reproducir y utilizar los mecanismos para asegurar su *statu quo*. Es por todo ello que la autora propone una “teoría de la complejidad” sobre las profesiones; capaz de concebir los binomios, donde la integración del profesional y de la profesión signifique que existan varias lógicas de acción. Asimismo, dicha teoría concibe la asociación de unidad-pluralidad, lo que implica que el sistema se divide en sub-sistemas, compaginando unidad y diversidad; autonomía e interdependencia; apertura y cierre. También que exista posibilidad de análisis del cambio frente a la permanencia; ya que si una profesión asegura cierta estabilidad (gracias a ciertos actores) el cambio también está presente en su multidireccional, discontinuidad, multiplicidad, y previsibilidad (Urteaga 2008: 169).

La “teoría de la complejidad” concibe que la profesión produce a los profesionales, que a su vez la producen simultáneamente. No se trata de deducir el primero a lo segundo, tal y como lo hace el Funcionalismo, o de deducir la profesión de las interacciones interindividuales, como concibe el Interaccionismo. Contrariamente, la “teoría de la complejidad” trata de asociarlos, demostrando que, tanto la integración como la dominación de la profesión, no son totales y dejan autonomía. En este sentido, la acción profesional es entendida como plural⁸, reflexiva⁹, intersubjetiva¹⁰ y situada¹¹. Esto significa que la profesión no es totalmente objetiva, ya que los profesionales están completamente socializados y no se comprometen plenamente en sus roles y pueden mantener cierta distancia y autonomía. Tampoco los profesionales están sometidos por completo, ni a la ley del mercado laboral, ni a la dominación empresarial, manteniendo, a través de estrategias, zonas de incertidumbre (Urteaga 2008: 185-186). Sobre todo si tenemos en cuenta que, si bien los profesionales pertenecen

gozan de unidad. Contrariamente, el Interaccionismo insiste en la fragmentación y diferenciación, que conciben inherente a todo grupo profesional. Para el Funcionalismo las profesiones se caracterizan por su estabilidad y continuidad histórica, y el cambio sólo se establece como mutación histórica (cambio estructural), pero no como componente de la vida cotidiana de las profesiones. Contrariamente, el Interaccionismo concibe que los grupos profesionales atraviesan por procesos que provocan cambios e incertidumbres, por lo que las profesiones se presentan como frágiles e inestables (Hughes 1997; Urteaga 2008).

⁷ Contrariamente a las teorías funcionalistas e interaccionistas, las teorías basadas en el marxismo y, más especialmente en el weberianismo, conciben mayor importancia a los mecanismos económicos de control de los mercados y denuncian a las profesiones monopolistas y socialmente privilegiadas. Cuestionan las justificaciones morales y motivos racionales de las profesiones, y las consideran actores colectivos que llegan a cerrar su mercado laboral y a establecer un monopolio del control de sus propias actividades. Además, estiman a los profesionales como grupos específicos de trabajadores, de clases medias, que comparten creencias comunes, y que emprenden acciones colectivas especialmente para reforzar sus privilegios y estatus (Weber 1971; Urteaga 2011; 2012).

⁸ Los/as profesionales se definen por su sexo, edad, estado civil, etc. La pluralidad de roles suele afectar a la continuidad de la identidad (Dubet 1994:178), especialmente entre las mujeres, que son las encargadas, prácticamente en su totalidad, de conciliar el trabajo doméstico con el extradoméstico.

⁹ Los profesionales pueden poner su acción a distancia para someterla a su análisis crítico.

¹⁰ El sentido subjetivo y las relaciones que se desprenden de esa propia subjetividad son negociadas con los demás.

¹¹ Contempla que los profesionales se inscriben en contextos y situaciones que condicionan y determinan su comportamiento; que vienen determinados por el momento histórico que les toca vivir, las normas, valores, pautas culturales, etc. En los grupos profesionales, cada ser estructura su pensamiento y orientan sus pautas de conductas y acciones.

a asociaciones y sindicatos que tratan de hacerles interiorizar ideologías, cada profesional construye permanentemente la suya.

La “teoría de la complejidad” también sostiene, que la acción profesional no tiene unidad; las personas actúan simultáneamente según varias lógicas de acción: integración¹², competición¹³, subjetivación¹⁴ y dominación¹⁵. Todas ellas coexisten sin centralidad ni jerarquización, lo que a veces tiende a provocar tensiones entre los profesionales, que tratan de gestionarlas para mantener los constantes equilibrios (Urteaga 2008:188). Desde este paradigma se concibe, que la profesión es al mismo tiempo un sistema unido y diverso (Urteaga 2008: 191), ya que está constituida por un grupo¹⁶, mercado¹⁷, cultura o “sistema de representación”¹⁸, poder político o por un “sistema de relación profesional”¹⁹; movidos por las lógicas de integración, competición, subjetivación y dominación. Pero, al mismo tiempo, la profesión es autónoma e interdependiente, abierta y cerrada, lo que conduce al debate discursivo sobre la unidad.

Por último, la “teoría de la complejidad” concibe que la profesión también es sinónimo de cambio²⁰ y permanencia. Cambios motivados por factores endógenos y exógenos a las propias profesiones, capaces de permitir crear nuevos reguladores para la estabilidad de las mismas. Por un lado, el cambio de las profesiones es multi-direccional. Las transformaciones económicas a lo largo del último cuarto de siglo han dado constancia de ello. Los cambios vienen asociados a los avances, retrocesos, revoluciones y conflictos. Además, éstos son consustanciales a las propias profesiones, donde los conflictos juegan un papel fundamental; ya que estos mismos hacen posible las transformaciones, que al mismo tiempo permiten indagar en los aspectos estructurales de los propios cambios profesionales. Por otro lado, en los cambios profesionales intervienen simultáneamente factores demográficos, ideológicos, técnicos, culturales, religiosos, técnicos, etc. (Weber 1971); lo que conduce a que éstos sean difícilmente previsibles (Urteaga 2008: 196). Es por todo ello, que la “teoría de la complejidad”, complementa e integra, sin excluir ni hacer antagonismos entre: el actor y el sistema, la unidad y pluralidad, el cambio y la permanencia.

¹² El profesional se define como la vertiente subjetiva de la integración de la profesión. Es por ello que la persona interioriza los valores institucionalizados en roles (Parsons 1939). Ello confiere la identidad del profesional y de la propia profesión. Da sentido, y separa a una profesión del resto de las profesiones, llegando a configurar los estatus profesionales.

¹³ Es la realización de la lógica de integración a partir de los recursos disponibles en relaciones de competencia y competitividad (Urteaga 2011).

¹⁴ Subyace del compromiso de los profesionales para ser sujetos, a sabiendas que las imágenes son socialmente construidas, ya que se inscriben en la cultura. A través de dicha subjetivación, el profesional se llega a desprender de sí mismo para convertirse en un intelectual (Dubet 1994: 128-132; Urteaga 2008).

¹⁵ Se manifiesta en las profesiones a través de las relaciones: dominante y dominados, tratando de mantener el estatus que conciben que se desprende de su propia profesión. La dominación se deriva principalmente del uso de los recursos y medios superiores, tanto políticos, redes de relación, económicos, niveles formativos, culturales, sociales, etc. (Bourdieu 1983).

¹⁶ Grupos que se caracterizan por la identificación de sus miembros a valores de cohesión, aprendidos o socializados profesionalmente a través del aprendizaje y el control entre los propios profesionales (Urteaga 2008).

¹⁷ Los profesionales son autónomos o interdependientes; constantemente se ven realizando elecciones estratégicas, para adaptarse a las oportunidades de oferta-demanda (Urteaga 2008).

¹⁸ En el sentido de cómo las imágenes culturales de cada momento contribuyen a que los profesionales ejerzan críticas sobre la profesión y contribuyan a mantener distancias hacia ella (Urteaga 2008).

¹⁹ En la medida que los actores, organizados en sindicatos, asociaciones o movimientos sociales, se enfrentan, pacífica e incluso violentamente, para imponer sus orientaciones profesionales (Urteaga 2008).

²⁰ El cambio es inherente a la profesión atravesada por conflictos aunque sepa adaptarse al cambio, creando sistemas reguladores que encuentren nuevos equilibrios (Urteaga 2008: 194).

Debido a las propias peculiaridades que encierran a las profesiones relacionadas con la muerte, consideramos que la “teoría de la complejidad” resulta ser el paradigma más plausible para poder llegar a entender su estructura conceptual. A través de dicha teoría es posible hacer una síntesis unificadora entre los diversos paradigmas, que permiten entrelazar complementariamente e integralmente hipótesis, teorías, conceptos, metodologías, etc., capaces de dar explicación sociológica a las profesiones vinculadas a la muerte.

Planteamos a continuación nuestro esquema conceptual de *las profesiones maldita* (esquema en la página siguiente).

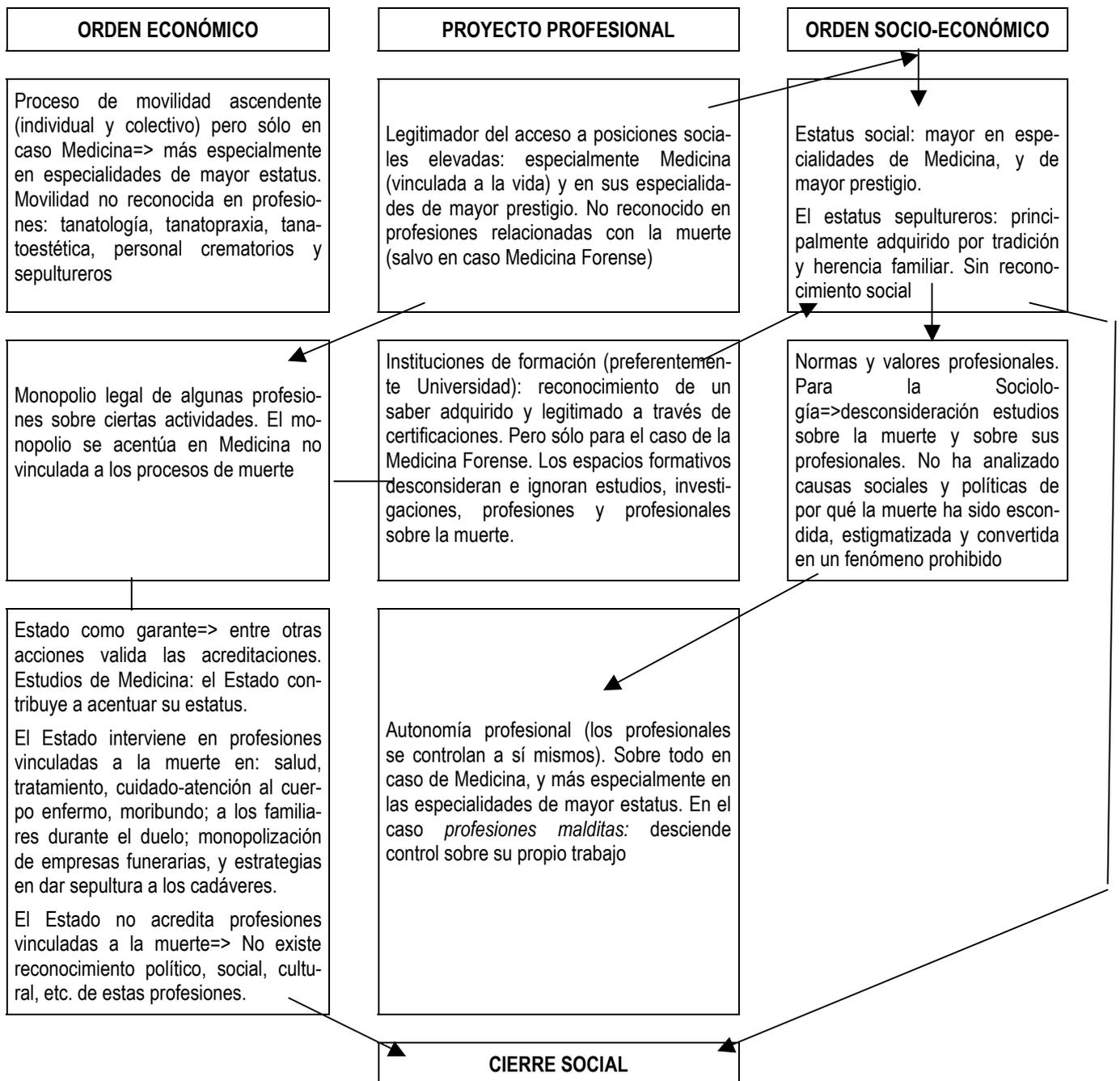
Para ello, partimos de la idea de que las profesiones no son “elementos constitutivos” de la estructura social, tal y como lo han entendido históricamente los funcionalistas, sino que son “construcciones sociales” (MacDonal1995), y “construcciones históricas” (Larson 1979). Estas construcciones surgen, se desarrollan y promueven históricamente en la relación que mantienen con el Estado e instituciones colectivas. Aquí, obviamente, entra en juego el papel que cumple la “institucionalización del saber formal” y su utilización por los profesionales, como únicos agentes capaces de responder a las demandas del público; que ven en los profesionales los únicos legitimadores de resolver sus necesidades (Freidson 1986). Además, es donde también se exploran las dinámicas que se recrean en las organizaciones profesionales, donde se identifican y exploran las propias luchas interprofesionales y las dinámicas de cambio de los profesionales (Abbott 1988).

En la identificación del proceso histórico del “proyecto profesional” (Larson 1979), por el que ciertos grupos de profesionales, con la ayuda del Estado, y a través de estrategias colectivas, logran objetivamente establecer su monopolio sobre un segmento específico del mercado de trabajo, vemos que muchas profesiones alcanzan reconocer su dominio ante el público (Sánchez y Sánchez 2009), consiguiendo así el “cierre social”²¹. Esto significa, la realización de un monopolio legal por parte de ciertas personas sobre ciertas actividades, y el reconocimiento de un saber legítimo adquirido, sin el cual el ejercicio profesional sería imposible. Ello conduce también al “cierre cultural” de los grupos profesionales, que vetan la entrada a otros profesionales que no pueden certificar dicho saber. Así entendido, el cierre social es la unión del “cierre económico” en un mercado de trabajo competitivo, y del “cierre cultural” de un grupo por la apropiación de un saber legítimo, que emplean los actores a través de estrategias para lograrlo. Lo que une al orden económico, propio del monopolio de una actividad de servicio, y al orden socio-simbólico, legitimando el acceso a estas posiciones, es el dominio de las marcas de distinción específicas de una élite (Sánchez y Sánchez 2009: 59), del acceso a altas posiciones de movilidad y estratificación social (Collins 1990). Las universidades, como ámbitos e instituciones legítimas de prestigio profesional, cumplen la tarea de formar a los diferentes colectivos profesionales, y el mantenimiento del conocimiento abstracto como elemento clave en el sustento de la autonomía profesional (Abbott 1988). Además, estos espacios ofrecen aportaciones credencialistas para la actividad en el empleo (Carabaña y Bueno 1996; Sáez 1998). Este conocimiento es imprescindible para la ampliación de las jurisdicciones de las profesiones y el mantenimiento de sus posiciones de privilegio (Bertilsson 1990). Es el Estado el que valida y legitima estas certificaciones a los profesionales frente al mercado profesional; ya que las profesiones son creaciones aliadas del poder (Johnson 1972).

El proceso de doble cierre: “social” y “cultural”, inhibe el control externo, excepto de los propios profesionales, de su propio trabajo. Estos profesionales llegan a ser “los expertos”. Ellos controlan a otros profesionales, mientras se benefician del mismo monopolio y comparten la misma cultura, logrando así el monopolio legal, el saber legítimo certificado, el grado de complejidad de los conocimientos manejados, del “corpus de doctrina” connotativo a cada profesión y el estatus social (Larson 1979: 53-5).

²¹ Larson retoma este concepto de Max Weber.

FIGURA 1. Esquema conceptual *las profesiones malditas*



Fuente: Elaboración propia

Partiendo de estos presupuestos, y profundizando en el esquema conceptual de *las profesiones malditas*, observamos que, dentro del orden económico, los procesos de movilidad individual y colectivo que proporcionan las profesiones, éstas resultan desestimadas. La mayoría de ellas carecen de movilidad, ya que no tienen reconocimiento en el orden social, que legitima el acceso a posiciones elevadas. Esto sólo tiene lugar entre los forenses y entre los profesionales de la medicina especializados en enfermedades terminales (tanatología). Debido a que la tanatopraxia carece de formación en los ámbitos académicos de reconocimiento, como es el caso de las universidades, estos profesionales carecen también de estatus social. En este sentido, los sepultureros cuentan con el menor estatus. El estatus de estos profesionales históricamente ha tendido a ser adquirido, a través de tradición y herencia familiar, pero no social (Matta 2012).

Los espacios formativos que, como decíamos, cuentan con el apoyo del Estado como garante, en validar las acreditaciones formativas, en fomentar el reconocimiento social, político, cultural, etc., ignoran por completo a estas profesiones. Al igual que no toman en cuenta el aprendizaje y los conocimientos sobre la muerte. Su intervención sobre la muerte se centra básicamente en ofrecer tratamientos y cuidados a los pacientes en la fase pre-muerte, a los familiares durante el proceso de duelo; en el control monopolizador de las empresas funerarias; y en las estrategias para dar sepultura a los cadáveres. Por ello mismo, dentro del orden socio-simbólico, la mayoría de los científicos sociales, especialmente desde el ámbito de la Sociología, han desconsiderado en sus análisis los estudios sobre la muerte y el valor de estas profesiones. La retroalimentación de todo ello queda incrustada, paradójicamente, en un cierre social y cultural, que ha impedido estudiar y conocer, no sólo a *las profesiones malditas*, sino también el fenómeno social de la muerte.

Bibliografía:

- ABBOTT, A. (1988): *The system of professions: an essay on the division of expert labor*, Chicago, University of Chicago Press.
- AGAZZI, E. (1996): *El bien, el mal y la ciencia. Las dimensiones éticas de la empresa científico-tecnológica*, Madrid, Tecnos.
- ANÓNIMO. (1999): *Arte de bien morir y breve confesionario*, Palma de Mallorca, ed. Francisco Gago Jover.
- ARIÈS, P. (2011): *El hombre ante la muerte*, Buenos Aires, Taurus.
- ARIÈS, P. (2002): *Historia de la muerte en Occidente: desde la Edad Media hasta nuestros días*, Barcelona, El Acantilado.
- CARDONA, J. y PAVÓN, J. (2002): *Ante la muerte: actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, Ed. Universidad de Navarra. EUNSA.
- BAÑUELOS, C. (coord.) (1994): "Monográfico sobre Perspectivas em Sociología del Cuerpo", REIS-Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 68, pp. 133-146.
- BERTILSSON, M. (1990): "The welfare estate, the professions and citizens", en TORSTENDAHL, R. y BURRAGE, M. (eds.): *The formation of professions: knowledge, state and strategy*, London, Sage Pubns, pp. 237-249.
- BOURDIEU, P. (1983): *Campo de poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios Ediciones.
- BOWKER, J. (1996): *Los significados de la muerte (vol. 1)*, Madrid, AKAL.
- BURRAGE, M.; JARAUSCH, K. y SIEGRIST, H. (1990): "An actor-based framework for the study of professions", en BURRAGE, M. y TORSTENDAHL, R. (ed.): *Professions in the theory and History. Rethinking the study of the professions*, London, Sage, pp. 203-226.

- CARABAÑA, J. y BUENO, C. (1996): Escalas de prestigio ocupacional, Madrid, CIS.
- CHOCARRO, L. (2011): Representación social de la muerte entre los profesionales sanitarios: una aproximación psicosociológica desde el análisis del discurso, Madrid, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Dpto. Psicología Social.
- COLLINS, R. (1990): "Changing conceptions in the sociology of the professions", em BURRAGE, M. y TORSTENDAHL, R. (eds.): The formation of professional: Knowledge, state and strategy, London, Sage.
- CRESSEY, P.G. (2008): The Taxi-Dance Hall: a sociological study in Commercialized recreation and city life, Chicago, University of Chicago Press.
- CLARK, D. (ed.) (1993): The Sociology of Death: Theory, Culture, Practice, Oxford, Blackwell.
- DE MIGUEL, J. M. (1995): "El último deseo: Para una Sociología de la Muerte en España", REIS-Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 71-72, pp. 109-156.
- DUBET, F. (1994): Sociologie de l'expérience, Paris, Seuil. La couleur des idées.
- FERNÁNDEZ ENGUITA, M. (1993): La profesión docente y la comunidad escolar: crónica de un desencuentro, Madrid, Morata.
- FREIDSON, E. (1986): Professional Powers, Chicago, Chicago University Press.
- FREIDSON, E. (2001): Professionalism, the third logic: on the practice of knowledge, Chicago, University of Chicago Press.
- GONZÁLEZ, R. (1999): Las profesiones. Entre la vocación y el interés corporativo. Fundamentos para su estudio histórico, Madrid, Catriel.
- GOTTFRIED, R. (1989): La muerte negra: desastres naturales y humanos en la Europa medieval, México, Fondo de Cultura Económica.
- GUILLÉN, M. (1990): "Profesionales y burocracia: desprofesionalización, proletarización y poder profesional en las organizaciones complejas", REIS-Revista Española Investigaciones Sociológicas, 51, pp. 35-51.
- HALCÓN, F. et al. (2004): Manual de Tanatopraxia práctica, Granada, Albay Ediciones.
- HERRANZ, G. (2013): El Embrión ficticio: Historia de un mito biológico, Vol. 44, Madrid, Palabra.
- HUGHES, E. (1997): Le regard sociologique. Essais choisis. Textes rassemblés et présentés par Jean Michael Chapoulie, Paris, Éd. EHESS.
- JIMÉNEZ, R. (2012): ¿De la muerte (de)negada a la muerte reivindicada?. Análisis de la muerte en la sociedad española actual: muerte sufrida, muerte vivida y discursos sobre la muerte, Valladolid, Tesis doctoral, Universidad de Valladolid, Dpto. Sociología y Trabajo Social.
- JOHNSON, T. (1972): Professions and Power, London, MacMillan Pub Ltd.
- LARSON, M. (1979): The rise of professionalism: a sociological analysis, Vol.233, University of California Press, Berkeley, CA.
- LAWRENCE, F. y STRUB, C. (1989): Principles and practice of embalming, Texas, Professional Training School.
- LOUIS-VICENT, T. (1991): La muerte una lectura cultural, Barcelona, Paidós.
- LUCIE, T. (1986): L'introuvable relation Formation/Emploi, Paris, La Documentation Francaise.
- MACDONALD, K. (1995): The Sociology of Professions, London, SAGE.
- MARTÍN, M. (1990): La profesión de policía, Madrid, CIS/Editores Siglo XXI.
- MARTÍN, J.; DE LARRAMENDI, H. y DE MIGUEL, A. (1982): Sociología de las profesiones, Madrid, CIS.
- MARRE, D. et al. (2014): "Narrativas sobre la muerte", Afin, 61, pp. 1-12.
- MATTA, L. (2012): "El oficio de sepulturero. Etnografía", Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay, 10, pp. 133-146.

- MAYER, R. (2012): *Embalming History, Theory, and Practice*, New York, 5ª. Ed. McGraw Hill Medical Publishing Division.
- MERTON, R.; READER, G. y KENDALL, P. (1958): "The student- physician. Introductory studies in the sociology of medical education", *AJN The American Journal of Nursing*, 58 (6), pp. 806-807.
- PARK, R.; JANOWITZ, M. y BURGESS, E. (1969): *Introduction to the Science of Sociology, Including the original index to basic sociological concepts*, by PARK, R. and BURGESS, E., Chicago, University of Chicago Press.
- PARSONS, T. (1939): "The Professions and Social structure", *Social Forces*, 17, 4, pp. 457-467.
- POZO, J. (2011): *De cuerpo presente. Vida, anécdotas y curiosidades de 13 sepultureros*, Madrid, La Esfera.
- RODRÍGUEZ, J. y GUILLÉN, M. (2009): "Organizaciones y profesiones en la sociedad contemporánea", *Universitas Tarraconensis. Revista de Ciències de l'Educació*, 1, pp. 19-129.
- RODRÍGUEZ, N. (2008): *Manual de Sociología de las Profesiones. (Textos Docents; 343)*, Barcelona, Universitat de Barcelona. Departament de Sociologia i Anàlisi de les Organitzacions.
- SADLER, T. y LANGMAN, J. (2007): *Embriología Médica: con orientación clínica*, 10ª Ed. Chile, Editorial Médica Panamericana.
- SÁEZ, J. (1998): "El educador social: formación y profesión", en ESCARBAJAL, A. (coord.): *La educación social en marcha*, Valencia, Nau Llibres, pp.91-105.
- SÁEZ, J. (2003): *La profesionalización de los educadores sociales. Busca de la competencia educativa cualificadora*, Madrid, Dykinson.
- SÁEZ, J.; SÁNCHEZ, M. y SÁNCHEZ, E. (2009): "¿Sociología de las profesiones en España?. Entre la carencia y la necesidad de consolidación", *Universitas Tarraconensis: Revista de Ciències de l'Educació*, XXXIII, 1, pp. 15-101.
- SAKS, M. (2010): "Analyzing the professions: The case for the Neo-Weberian approach", *Comparative Sociology*, 9, 6, pp. 887-915.
- SAMBHAVA, P. (1994): *El libro tibetano de los muertos*, Barcelona, Kairós.
- SÁNCHEZ, M. y SÁEZ, J. (2009): "El estudio de las profesiones: la potencialidad del concepto de profesionalización", *Universitas Tarraconensis. Revista de Ciències de l'Educació*, 1, pp. 103-117.
- SCHÖN, D. (1983): *The reflective practitioner: how professional think in action*, Vol. 5126, New York, Basic Books.
- SIMMEL, G. (1968): *Soziologie. Untersuchungen über die Formen der Vergesellschaftung*, Berlin, Duncker & Humblot.
- SMAJDOR, A. (2011): "Ethical challenges in foetal surgery", *Journal of Medical Ethics*, 37(2), pp. 88–91.
- THOMAS, L.V. (1983): *Antropología de la muerte*, México, Fondo de Cultura Económica.
- TURNES, B. (1994): "Los avances recientes en la teoría del cuerpo", *REIS-Revista Española Investigaciones Sociológicas*, 68, pp. 11-39.
- URTEAGA, E. (2008): "Sociología de las profesiones: una teoría de la complejidad", *Lan Harremanak*, 18-I, pp. 169-198.
- URTEAGA, E. (2011): "Las profesiones em cuestión", *Azkoaga. Cuadernos de Ciencias Sociales y Económicas*, 14, pp. 111-138.
- URTEAGA, E. (2012): "La sociología de las organizaciones: perspectivas alternativas", *RIO-Revista Internacional de Organizaciones*, 8, pp. 151-176.
- WALTER, T. (1992): "Sociologists never die: British sociology and death", *The Sociological Review*, 40, S1, pp. 264-295.

WEBER, M. (1971): *Économie et société*, Vol.1, Paris, Plon.

ZAHLER, D. (2009): *The Black Death*. Minneapolis, Minneapolis, Twenty-First Century Books.